



¡ORO EN CALIFORNIA!

Afiebrado por la leyenda de las pepitas doradas, Vicente Pérez Rosales viajó con un grupo de chilenos al Lejano Oeste. A cien años de su muerte, reproducimos el relato de sus peripecias.

Texto: Cherie Zalaquett Aquea

"¡No desmayes! porque la mala suerte no es eterna", fueron las últimas palabras de Vicente Pérez Rosales. Las anotó en la última hoja de *Recuerdos del Pasado*, el libro de sus memorias.

Con ese refrán antidepresivo, el amable antirruin de los inmigrantes alemanes recuperaba energías. Y vivió hasta los 71 años después de sortear innumerables aventuras.

Ayer se cumplió un siglo desde que expiró en Santiago el notable autor costumbrista.

Los apuntes de su diario de vida pintaron en sepia la historia de Chile de 1814 a 1860.

Dicen que vino al mundo con la historia a domicilio. Nació el 5 de abril de 1807 en casa republicana. A los dos meses cruzó la cordillera para ponerse a salvo en Mendoza del desastre de Rancagua.

O'Higgins y San Martín le acariciaron el pelo. Y vio con sus propios ojos fusilar a los hermanos Carrera.

Aunque completo sus estudios en París, no despreció, para ganarse la vida, ni el oficio de crítico.

Se casó con Antonia Urzúa, de Concepción, y no tuvo descendencia.

En 1848, enfermó de "fiebre de oro", como muchos chilenos y viajó a California con sus hermanas.

La mala suerte lo despojó hasta de la última pepita. Pero esa experiencia le valió para ascender al cargo de Agente de Colonización. Y así pudo iniciar la carrera política que lo llevó de Intendente a diputado y senador de la República.

En párrafos marcados reproducimos algunas anécdotas de sus peripecias en California. (200)

Chilenos fueron los primeros pobladores que, corriendo en pos del vellocino de oro, pisaron las encantadas playas de California.

Era un país desconocido, un desierto, lleno de peligros y visitado además por enfermedades epidémicas. No había amigos ni relaciones; la urgencia individual solo podía encontrarse en el cañón de una pistola o en la punta de un puñal.

Ira preciso mirarlos mucho, para descubrir entre los harapos de los ruidos calveros al delicado "futre" de Santiago o al comerciante de Valparaíso. El oven y adornado Hamilton (...), don Samuel Price (...), Maio, Sánchez Cruz, Puett (...). La figura que representaba cada uno de esos aventureros, en otro tiempo de frac y de levita, era tan grotesca...

"¡Adiós!" (...). No hay que olvidar, se oían repiquetes de maldiciones con el algar y favorito cuando de la Salsiccia, tonadilla hecha expresamente para los buscadores de oro (...). "¡Sosa!

na, Salsiccia, no flores por mí, pues me voy a California a traerle canchales de oro."

A la voz de oro quedé desierto la cocina y cada cual por el camino que le pareció más corto, se lanzó a la orilla del río.

Y se dio con entusiasmo principio al trabajo aurífero, al que el buen Casullo dio el nombre de *Mano de Justicia*, acordándose de las lentitudines que adornaban el manto que vestía Justitiano, del Teatro Municipal.

La cosecha diaria (...) variaba entre diez y 22 onzas de oro.

He visto sin sorpresa (...) al afeminado y tierno petimetre de Santiago, pendiente aún del yal de una sudada camisa de lana la cadena de oro que engalanaba su chaleco en los bailes de la capital, cargar, con la risa en los labios y el agua del mar a la cintura, efectos de un membrudo y alquitranado marinero, recibir el precio del jornal y ofrecer, en cortines, a otro patán sus oportunos servicios.

La mala voluntad del yanqui vulgar



TAMBIÉN ARTISTA: Pérez Rosales folió el 6 de septiembre de 1856, ilustró con escenas y personajes su relato de la búsqueda del oro a mediados del siglo pasado. Grabado superior, "al lado del yanqui loco y de calzones cortos, el robusto 'Heinrich Bull'". Abajo, "un resultado de poco más de tres años de oro no era ciertamente como siempre".



contra los hijos de otras naciones y muy especialmente contra los chilenos, se había pues acentuado.

Resolvieron los malhechores (...) dárles una violenta zorra, y como en California, tiempo es plata, estos desalmados, acometeron a los desprecados chilenos a palos y pistoletazos.

Branson, el ex zornón (...), lanzó al puchlo a reunirse (...), manifestó que ya era tiempo de ejemplarizar tan inauditos desmanes contra los hijos de un país amigo, que mandaba día a día a San Francisco, junto con la mejor harina flor, "los mejores brazos del mundo para cortar adobe!"

No habían necesitado los yanquis de grandes violencias para expulsar a los intrusos chilenos (...). Fueron sí robados y despojados de cuanto tenían...

Ninguno opinó por el regreso a Chile (...). Se adoptó por unanimidad volver a luchar contra la adversa suerte.

Hablamos visto flícres provinciales; (...) en las minas nos había ido

mal. (...) Habíamos sido comerciantes; nos hicimos franceses, nos ahogamos, nos envenenamos y fuimos ruidicos y repultercos, profesiones ambas (...) que nada nos aprovecharon.

El aspecto del oro que empujaba el pavimento de los cafes nos sugirió la idea de erigir un hotel.

Todo marchaba bien al principio en California, y sólo al llegar al medio se brocaba. Nosotros éramos juntamente amos y crados del restaurante.

La suerte vino a darnos el golpe de gracia (...) con uno de aquellos espantosos incendios que todo lo arrasaron en los últimos meses de 1850.

Rodeados de fuego por todas partes, sólo debimos nuestra salvación (...) a la rapidez de la fuga.

Fuimos por lana y volvimos, como tantos otros, esquilados; pero satisfechos, porque no se abandonó la brecha sino después de haber quemado el último cartucho. (200)

Oro en California! [artículo] Cherie Zalaquett Aquea.

Libros y documentos

AUTORÍA

Zalaquett A., Cherie

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Oro en California! [artículo] Cherie Zalaquett Aquea. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile